

La mujer como suprema tentadora en la exégesis y la espiritualidad de dominación patriarcal

Cony Arróliga y Lidia García

Es bastante complejo querer abordar a Eva como lo que tradicionalmente se estudia en nuestras Iglesias y no entrar en controversia con las corrientes androcéntricas que invade el actuar de nuestros hermanos.

Permítannos tratar con respeto este tema, pues los pasajes de Génesis 2 y 3 hablan de la creación de los seres humanos, marcan históricamente el rompimiento del Matriarcado y crean, al contorno de la vida de la mujer, situaciones que la cosifican a tal grado que las culturas de los tiempos (diferentes en el tiempo y el espacio) la oprimen hasta hacerla no sentir, no querer existir. Se habla aquí de un breve análisis bíblico de la mujer, en el cual se rescata su imagen, también se abordan las asimetrías históricas durante la existencia de la humanidad. Poco a poco, entramos a la problemática de la mujer Latinoamericana y cómo los factores económicos, políticos, sociales, culturales y religiosos se impregnan del patriarcado (machismo) para evitar la plena participación de la mujer.

Tratamos de abordar con pinceladas finas a la mujer pobre, oprimida, desposeída y no privilegiada. Vemos a la mujer Eva con nuestros ojos de mujer creada por Dios, el Dios que no objeta sexo ni género.

Para hablar de la mujer a la luz de la Biblia, se hace necesario desentrenar, descubrir, develar los mitos y leyendas que la elevan al título de “Suprema tentadora”. Es necesario realizar un análisis del arquetipo hombre-mujer, Adán-Eva, que nos traslade a tiempos remotos y nos ubique en la actualidad. La Biblia aborda al Ser Humano en sus inicios como una totalidad propia de la creación en la que la tierra, la fauna y la flora, así como los seres humanos, son parte de un todo que recrea la obra de Dios. Es durante el proceso histórico cuando surgen las interpretaciones propias de los roles hombre-mujer, matriarcado versus patriarcado.

Vamos a descubrir a Adán y Eva protagonistas del relato bíblico, sin querer hacer un análisis exegético de los textos bíblicos. Nos referimos a algunos pasajes que tratan nuestro tema. El hombre mira a su “enfrente” y expresa: “Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mis carnes”. Eva es un auténtico alumbramiento en la inspiración poética. Adán es la creación de la célula originaria humana, y expresa el relator en Génesis: “Hagamos al hombre (Adán en singular) para que dominen la tierra (en plural)....., y creó Dios al hombre (en singular)....., y los creó macho y hembra”.

Se establece la diferencia de lo masculino y de lo femenino como dos individualidades perfectamente aisladas una de otra. Se presenta el nacimiento de Eva como el gran mito de la consubstancialidad de los principios complementarios del ser humano: Hombre-Mujer, arquetipo primordial de todo ser humano.

A ambos se dirigió Dios al decirles: “Tú puedes comer de cualquier árbol del jardín” (Gén 2,16-17); la palabra de Dios se dirige al hombre y a la mujer y jamás los separa. Pero en el relato del encuentro con el mal, éste produce la separación inmediata. Lutero observa que este término (*aphki* en hebreo), designa a alguien que se burla de todo, que ironiza. Esto pervierte los principios divinos y le habla a un solo ser humano aislado de su compañero. Trastorna la creación, el planteamiento de unidad queda destruido, separando en dos a la pareja. El relato de Génesis, interpretado en las diversas culturas, estigmatiza a la mujer como el símbolo de esa separación ontogénica y produce históricamente el sometimiento de la mujer. Data de épocas muy primitivas la igualdad, la unidad divina, categoría religiosa fundamental en la paternidad.

Dios único, siendo trino, crea hombre-mujer en unidad como su imagen, conforme a su esencia, dando a ambos un mundo que administrar. Es en lo

Dios único, siendo trino, crea hombre-mujer en unidad como su imagen, conforme a su esencia, dando a ambos un mundo que administrar. Es en lo humano que surge lo masculino y lo femenino, como categorías en lo paterno y lo materno.

San Agustín, rígido en su actitud hacia la mujer que compartía su vida, hace su análisis de Dios con una excesiva visión masculina y subraya su justicia y su soberanía absoluta que convierte al hombre como objeto de su poder. Cabe mencionar que las religiones monoteístas, como el Islam o el Judaísmo, en sus corrientes ortodoxas, son el origen de esta excesiva masculinidad. Por el contrario, la ternura maternal aporta al humanismo cristiano una nota muy particular de dulzura y explica el origen de la sensibilidad femenina de los grandes místicos.

En este sentido, precisamente, formula Cristo el principio espiritual: “Yo soy manso y humilde de corazón” y rehúsa la solución masculina de la espada, como rechazó las soluciones masculinas de las tres tentaciones en el desierto y elige la propia ofrenda, la obligación suya, la figura del cordero inmolado.

Para el hombre vivir es conquistar, luchar, matar; para la mujer es engendrar, conservar, proteger la vida por medio de su propio don. El hombre se da para alcanzar la victoria, la mujer salva al convertirse en pura ofrenda. Las civilizaciones prometeicas masculinas ascienden en el firmamento cual brillantes meteoros, pero se extinguen rápidamente como la de Roma. Las civilizaciones orientales, aunque complejas en su constitución histórica, confieren una gran importancia a los valores femeninos de la vida y tienen una existencia histórica de larga duración.

Eva significa precisamente vida, queriendo dar el sentido no solamente de la mera continuación biológica, sino la vida de la especie reflejada en lo vivo, en lo humano. Eva es así llamada vida, Gén. 3,20. Ahora podemos comprender por qué es la mujer quien recibe la promesa de la salvación; a la mujer es a quien primero se dirige el mensaje de la anunciación; a la mujer es a quien primero se aparece Cristo resucitado y la mujer vestida de sol (Ap. 12,1) es quien simboliza la nueva Jerusalén. La Biblia elige a la mujer en el principio religioso de la naturaleza humana.

La mujer es la voz de la humanidad por la que la humilde esclava responde a la orden de Dios. Es ese sí libre de la humanidad entera que se añade a la obra de la encarnación, como su indispensable fundamento humano. Sólo podemos entender el papel asignado a la mujer si comprendemos el valor metafísico de la naturaleza femenina.

En la esfera religiosa, el sexo fuerte es la mujer. El clásico error en que inciden todos los comentaristas del relato de la caída consiste en explicar la situación de Satanás, con respecto a Eva, como si Satanás se dirigiera al sexo débil, a la parte más vulnerable del ser humano. En realidad, es exactamente lo contrario. Eva fue tentada porque era el principio religioso de la naturaleza humana, y era en ese principio donde ante todo debía herirse y corromper al hombre. Cuando se ha logrado turbar el órgano más receptivo, el más sensible a la comunión entre Dios y el ser humano, lo demás se hace solo. Adán no opone la menor resistencia a seguir a Eva, porque en ella Adán ya es exterior a Dios, en virtud de la institución divina: “Y vendrán a ser los dos una sola carne” (Gén. 2,24).

Los elementos más decisivos para el destino humano se actualizan en el elemento religioso por excelencia; en la mujer es donde yace la promesa de la salvación: “la mujer te aplastará la cabeza” (Gén.3,15). La mujer dará a la luz al Salvador.

Mujer y Hombre: sometimiento o liberación

Desde el comienzo del cristianismo, para reforzar la teología masculinizante, se han utilizado textos bíblicos fundamentales relacionados con la mujer y éstos han sido interpretados muchas veces de una manera negativa en contra de ella. Así tenemos el texto Yahvista de Génesis 3,1-19. Este texto está relacionado con los relatos míticos de las civilizaciones antiguas con la intención de dar una enseñanza religiosa fundamental: el mal proviene del hombre y no de Dios; como consecuencia de su ruptura con su Dios, de su pecado y deseo de ser dios. Esta es una realidad también de nuestro tiempo. Podemos ver que este relato tiene un buen argumento para justificar el antifeminismo: la principal responsabilidad recae sobre la mujer y esa culpa se ha extendido a todas las mujeres.

Las consecuencias de ese momento: la mujer es considerada vulnerable, menos inteligente, intermediaria entre el diablo y el hombre, TENTADORA. En nuestra sociedad, la consecuencia ha sido alejarla de las actividades públicas, se le mantiene al margen de la construcción de la historia o desarrollando labores de segundo orden junto al hombre: asistente, secretaria, ayudante de limpieza, aún habiendo ésta recibido una educación igual que llene los requisitos para ocupar un puesto similar al varón.

Es curioso y también una dificultad que las fuentes a nuestro alcance, fundamentalmente los textos escritos, nos transmiten una visión androcéntrica de la historia.

Una historia hecha por varones, desde su propio punto de vista, y que consideran con toda naturalidad que el hombre es el modelo de la humanidad y la mujer es lo “otro”, lo malo, lo que se define por relación al hombre. Como dice Simone de Beauvoir, el hombre se piensa sin la mujer, pero la mujer no se piensa sin el hombre. Ella se determina y se diferencia por relación al hombre y no éste por su relación a ella; la mujer es la inesencial ante lo esencial. El es el sujeto, él es el absoluto, ella es el otro.

Esto nos obliga a buscar a través de la historia y descubrir “su cara oculta”. “La historia escrita por mano negra, por mano de mujer, por las clases dominadas, la historia de las víctimas”.

Mary Daly dice: “las mujeres tienen pre-historia, con lo que da a entender la diferencia entre la historia del hombre y la de la mujer”.

El reto ahora es recuperar la pre-historia, el pasado muchas veces ignorado por la perjudicada, la mujer, que debe enriquecer sus “posibilidades en el presente y en el futuro”.

Recuperando ese pasado, ignorado en ocasiones por convivencia, tenemos que afirmar: las mujeres adquirieron su liderazgo en la sociedad primitiva, no sólo porque eran las procesadoras de nueva vida, sino por sobrevivir, por alimentar y cuidar de sus hijos, escogieron el camino de las actividades productivas, lo que las hizo fundadoras y líderes de la más temprana de vida social.

En este período, el hombre se dedicó a tiempo completo a la caza y a la guerra, mientras las mujeres elaboran las herramientas y desarrollan técnicas y conocimientos que están en la base del avance social.

No sólo fueron las primeras trabajadoras, industriales y agricultoras, también desarrollaron sus mentes e intelectos a través de la variedad de trabajos que desarrollaban; por lo que llega ser la principal educadora, transmitiendo estos conocimientos y la herencia cultural a la nueva generación. Federico Engels señala que todas las sociedades han descansado sobre los pilares de la producción y la reproducción. Y las mujeres eran las productoras de vida y alimentos, llegando a ser las líderes sociales y gobernadoras de su comunidad.

Esta visión del papel de las mujeres en la historia primitiva es muy diferente al de Eva en la era patriarcal, haciéndola responsable de la ruptura entre Dios y el hombre, “de la caída del hombre y lo que sucedió fue, la caída de la mujer”.

En la mitología occidental, a la mujer le es asignada por la cultura, el rol de TENTADORA, dado que los grandes componentes de la civilización occidental son: el legado de Grecia y Roma y la iglesia cristiana. Así Yocasta, esposa y madre de Edipo en la antigua tragedia griega de Sófocles, “Edipo Rey”. Ella es el principio de la vida, pero también de la muerte. Y fue la causa de la perdición de Edipo.

Las antiguas deidades femeninas, las grandes diosas madres de la prehistoria, se convirtieron en la última etapa de la comunidad primitiva en vírgenes, madres o esposas asociadas a una divinidad masculina superior que representaba el principio de autoridad paterna deificada con Zeus a la cabeza y simbolizan, en la mitología griega, el nuevo orden en el plano supraterráneo del Olimpo. Estas prehistóricas diosas derrotadas pueden reconocerse en los cultos sobrevivientes de Astarté, venerada en Mesopotamia, Asiria y toda Asia Menor. Sus ritos se extendieron hasta Egipto, donde tomó el nombre de Isis, lugar donde los griegos las asimilaron e introdujeron al mundo helénico. El culto de Isis (Astarté) se sumó al ya existente de Cibelo en Grecia. Estas tres fueron las deidades más importantes de la antigüedad pagana y preolímpica. Fueron madres y esposas de hijos que morían y resucitaban para salvar el mundo.

En la Edad Media, nació el caballero medieval romántico y guerrero, servidor del señor feudal y enamorado de su señora medieval. El fuerte sentimiento religioso que imperaba tuvo un giro diferente.

La mujer subió a un pedestal, mayor aún que el de la Gran Madre, en la persona de María. Eva, paradigma de la mujer TENTADORA-CORRUPTORA, mito que justifica la caída del matriarcado y la opresión de las mujeres, tiene como antítesis redentora la mujer obediente, María. La “mariología” creció y con ella el ideal femenino. La virgen María se concebía como el juez supremo más misericordioso. Se convirtió pronto en la reina del cielo y en la imaginación popular subió más que Jesucristo. Nacieron las fiestas marianas que conmemoran los principales acontecimientos de su vida.

Dentro de toda esta exaltación del espiritualismo, vino la aventura extraconyugal y la prostitución. La Iglesia luchó para obligar al hombre a considerar a la mujer como igual en todo, menos en el orden jerárquico.

Para el siglo XI de la era cristiana, los padres de la iglesia, que se dividen en los padres griegos y los padres latinos, según la lengua y el período en el que escribieron, sufren el influjo de diversos factores de la época.

Había una tradición sexual pagana que penetraba en el pensamiento religioso, filosófico, y la preferencia dada al celibato como práctica evangélica y cristiana, el desarrollo de un concepto sacramental del matrimonio con las conocidas leyes eclesiásticas relativas al sexo. Al final, esta era cristiana, con respecto al sexo, se volvió pesimista. Sólo se admitía como buena la sexualidad dirigida al fin de la procreación. El placer vinculado al sexo se miró como consecuencia del pecado de Eva.

Los padres de la iglesia definieron una serie de valores que han llegado a ser parte de la cultura (San Agustín, Santo Tomás, etc)

El principio rector de la doctrina es el amor al padre, es el principio de autoridad deificado que, desde comienzos del patriarcado, estableció la supremacía masculina.

La sexualidad ha sido y sigue siendo un factor de opresión de la mujer, ya que la ha limitado como persona. Todos tenemos muy presente cómo se ha mantenido a la mujer, por el hecho de ser mujer, en una condición de inferioridad, como mero objeto sexual (tentadora), tanto por parte de los hombres como de la sociedad.

No podemos aceptar la visión del cristianismo proporcionada por la mentalidad patriarcal. Debemos recuperar las posibilidades liberadoras.

La mayoría de la población de América Latina la conforman mujeres cristianas, siendo mayor el grupo de católicas que evangélicas. La influencia religiosa invade todos los campos de la vida y lo que sale de este molde es el resultado del esfuerzo de minorías que luchan por alcanzar una realidad diferente.

En Latinoamérica, la mujer vive la herencia de enseñanzas religiosas que afectan su vida desde diferentes ángulos, a saber, en lo económico, social, político, cultural y, tratando de ver la integralidad de ser mujer, la ubican de manera marginal en la vida. Pero existen señales de esperanza en grupos

minoritarios que a, diversos niveles, van creando una nueva realidad. La mujer objeto, que sirve de adorno, madre acompañante, poco a poco va integrándose al proceso en pro del desarrollo de la mujer y su participación en la sociedad.

Ser mujer cristiana (católica o evangélica) en América Latina tiene mucho significado. No se trata de definiciones biológicas, sino primordialmente de definiciones culturales ya sea raza, status económico, nivel social. No es lo mismo nacer mujer en el campo que en la ciudad o nacer pobre que rica, nacer en el Caribe inglés que en el Caribe hispano. Nacer en Cuba o Nicaragua que en cualquier otro país.

En nuestro polifacético Continente, la multiplicidad de asimetrías es una de las características principales. Es por esta razón que se hace difícil establecer un perfil común, una imagen única de la mujer Latinoamericana.

Existe remarcadamente el aspecto patriarcal en el cual se inscribe el machismo, el cual otorga a nuestro hombre, el poder y el ejercicio de decisiones fundamentales en relación a la mujer. El hombre ha tomado decisiones sobre su vida, su tiempo, su cuerpo; por eso él espera una esposa fiel, amable, agradable que no interfiera en las decisiones. En sus diversos papeles que le corresponden, primero como hija, hermana, luego como madre, abuela, también como concubina, esposa, amante, secretaria, empleada o amiga.

Comúnmente se dice: "Detrás de un gran hombre, hay una mujer". Esto resalta el papel de la mujer como apoyo constante y silencioso, solidaria, no competitiva, siempre desde la sombra. Un ejemplo de esto son los hombres con cargos altos en las instituciones, en las iglesias, en la sociedad. El ejerce el poder, ella se encarga de otras cosas. Se distribuyen los roles injustamente y qué tal si pensáramos en una mujer presidenta o ministra o pastora con un esposo dedicado "a las cosas".

Es decir, que está penetrando hasta los tuétanos el rol hombre-mujer. Los gobiernos tratan de hacer un remedo de enmienda a este error histórico, pequeños grupos han intervenido pidiendo leyes que regulen esta desigualdad, pero la herencia patriarcal sigue ubicándola en el papel de acompañante.

En cuanto a género se refiere, mundialmente la mujer goza, por leyes, de los mismos derechos a educarse igual que el hombre, pero desde que nace se le viste de rosado, primer símbolo de ternura y sumisión. En el hogar se le

educa con símbolos de las características que se esperan de ella (muñecas, ollitas, cosméticos) los que condicionan su participación social: mujer, acompañante, madre, adorno.

La Iglesia no se queda atrás; ella refuerza los roles que exige la sociedad y no ve con buenos ojos los valores proliberación de la mujer. Esto es criticado y condenado porque se ha usado para refuerzos de los valores patriarcales y machistas, utilizando en múltiples ocasiones los escritos del apóstol Pablo e interpretando literalmente sus cartas. El desconocimiento de la cultura judía y greco romana hace que muchos pastores y clérigos opriman a la mujer desde la Biblia, aún más, desde el relato de Adán y Eva.

La Iglesia sostiene una jerarquía masculina de la cual dependen las decisiones políticas y la formación académica superior y teológica.

Es optativa o no-obligatoria para las religiosas. Los grupos de mujeres religiosas fueron criadas en el servicio silencioso y constante de atención a los enfermos, ancianos, niños. Aspecto que tiende a cambiar con la participación de la mujer en las Comunidades Eclesiales de Base y con los grupos de Laicas que va avanzando lentamente en Latinoamérica.

En las Iglesias católicas y evangélicas se promueven profundamente las enseñanzas sobre la creación, en las cuales Eva nace de Adán, para ser su acompañante, creada por él, subordinada a él. Aunque en la Biblia existe otro relato, en el cual ambos son creados en plano de igualdad, este relato no tiene la misma difusión que el otro. También en la enseñanza de la creación se enseñan que Eva es la causa del pecado de Adán, asignándole así la responsabilidad del desorden introducido en la creación. Con el tiempo, la mentalidad popular masculina se ha encargado de asignarle a la sexualidad la culpa de todos los males, teniendo a la mujer como encarnación de esa sexualidad culpable. La sexualidad del varón se presenta como exenta de voluntad y por lo tanto de responsabilidad. Esto produce grandes problemas a las mujeres, tanto en lo familiar como en lo económico, social y a su vez produce efectos psicológicos negativos profundos para lograr una sana sexualidad tanto en hombres como en mujeres.

Casi ningún esfuerzo se ha realizado desde la fe cristiana para ubicar correctamente la posición de la mujer en la creación y para darle a la sexualidad el sitio que le corresponde.

La mujer y su nueva perspectiva

Creemos en Dios como nuestro Padre y Madre justo y liberador (Sal. 72, 4; Lc 13,34). Se presenta como Aquél que, desde el principio de la historia bíblica, busca para su pueblo una convivencia en libertad y justicia, moviéndose aún dentro de las estructuras patriarcales (Ex. 1,12; Jue. 4,5; 2Co. 3,4,22). Vemos con esperanza cómo la Iglesia, desde las bases, comienza a leer la Biblia y a vivirlo de una manera liberadora y consecuente. Existen ya, aunque en forma aislada, algunos esfuerzos y experiencias ricas de una relectura de la Biblia.

Ha sido y sigue siendo un proceso de conversión lento, que permitirá a nuestras Iglesias, comunidades y sociedad reconocer a la mujer a una compañera no sólo para las labores que hasta ahora se le han encomendado, sino también para que participe plenamente en la construcción del Reino de Dios, que deje de ser ya objeto de la historia y sea sujeto de su propia historia.

Muchos grupos de mujeres y hombres pro-feminismo hacen esfuerzos para contribuir a este cambio. Desde el reclamo de mujeres líderes, pastoras y teólogas conscientes, surge una corriente de pensamiento que aún está en sus albores. Necesita de más mujeres y hombres que ayuden en la reflexión sobre las interpretaciones bíblicas, para que no perduren las interpretaciones bíblicas vaciadas que insisten y mantienen los errores.

Se buscan, en esta nueva perspectiva, caminos comunes con los hombres para engendrar y nutrir la vida del ser humano nuevo (hombre-mujer) y de la Nueva Sociedad.

Falta mucho por hacer para que el esfuerzo de leer la Biblia con ojos femeninos obtenga mejores y mayores resultados.

La tarea es, como hemos podido ver, responsable, retadora, y comprometida. ¡Vale la pena!

(De la revista XILOTL -Centro Inter-Eclesial de Estudios Teológicos y Sociales (CIEETS) y del Seminario Teológico Bautista (STB)- Apartado N°RO-082, Managua, Nicaragua- Vol.3 N°5, Mayo 1990 pp. 48-59)